

Límites del liderazgo carismático: la encrucijada de la izquierda latinoamericana*

Daniel Brombacher
Günther Maihold

Durante la última década, la izquierda latinoamericana, embelesada por el éxito alcanzado, desaprovechó la oportunidad de construir estructuras de partido y representación que fueran sólidas y perdurables en el tiempo. El estilo de conducción carismático de diferentes presidentes sustituyó la función intermediaria de partidos y parlamentos. Los gobiernos de la llamada nueva izquierda no cumplieron con su promesa de impulsar una política de inclusión, democracia y estabilidad. En países como Ecuador, Bolivia y Venezuela, los viejos sistemas de partidos desaparecieron sin que surgieran otras fuerzas políticas nuevas. En consecuencia, hoy se carece de una base que permita dirimir en forma democrática y pacífica las diferencias de intereses. En estas condiciones, los conflictos sociales impactan de lleno en las estructuras políticas, lo que termina por generar situaciones de crisis. Los actuales desarrollos en Brasil, Ecuador y Venezuela muestran que, sin perjuicio de eventuales diferencias ideológicas entre los gobiernos de esos Estados, el modelo de conducción carismática de la izquierda en su conjunto amenaza con desmoronarse. Sus nuevas elites corren riesgo de

* La redacción agradece la autorización para publicar este artículo en español, aparecido en *SWP-Aktuell* 2010/A 71, Octubre 2010, http://www.swp-berlin.org/de/produkte/swp-aktuell-de/swp-aktuell-detail/article/lateinamerikas_linke_neuer_kurs.html.

DANIEL BROMBACHER

Becario de SWP (Stiftung Wissenschaft und Politik).

GÜNTHER MAI HOLD

Vicedirector de SWP.

repetir los mismos errores cometidos por sus antecesores y no pensar más allá de los mandatos de sus carismáticos dirigentes. La única salida a este callejón es la construcción de estructuras representativas y perfiles programáticos creíbles e ideológicamente confiables.

I. Política del balcón vs. partidos y parlamentos

Un análisis más detenido de las supuestas intenciones golpistas de los rangos medios e inferiores de la policía ecuatoriana contra el presidente Correa demuestra que más que un intento de golpe fue la escalada de un simple conflicto entre el Gobierno y un determinado grupo de interés, en este caso portador de armas. Más que un intento de asumir el poder, el episodio marca el fracaso de una conducción personalista. El presidente Correa instó personalmente al aparato policial a deponer su actitud. El acuartelamiento de las fuerzas del orden en todo el país fue la expresión de su descontento con la nueva “Ley de servicio público”, modificada luego del veto interpuesto por el Presidente, y que recorta ciertos privilegios de las fuerzas policiales e introduce un régimen de ascensos más riguroso. En lugar de dejar que el ministro del área o la cúpula de la propia policía buscaran una solución al problema, Correa trató de hacer entrar en razones a los policías amotinados presentándose él personalmente en uno de los cuarteles ocupados. En el transcurso de ese encuentro fue atacado y luego retenido durante varias horas en un hospital en Quito.

La actitud del Presidente de ocuparse personalmente de los conflictos entre intereses opuestos no es nueva y es una expresión más de la crisis de la democracia representativa en Ecuador. Los discursos presidenciales pronunciados desde los balcones del palacio presidencial sustituyeron la acción e interacción de las instituciones. En 2006, el sistema de partidos tradicional demostró ser incapaz de conciliar en un proceso de decisión democrático los intereses divergentes de un país étnica, regional y socialmente cada vez más fragmentado. El proyecto de una revolución ciudadana prometido por Correa en la campaña electoral hacia fines de 2006 y una rápida reconversión del sistema político en dirección a modelos sociales más inclusivos culminó en 2008 con la aprobación de una nueva Constitución. En ese momento parecía vislumbrarse una etapa de estabi-

lidad, sin que finalmente surgiera una instancia de representación democrática que pudiera sustituir el desgastado sistema de partidos. Tampoco el movimiento Acuerdo País liderado por Correa logró transformarse hasta ahora en un partido político genuino. En esas circunstancias, la interacción directa del Presidente con el electorado, como la que tuvo lugar luego de los incidentes del 30 de septiembre de 2010 desde los balcones del palacio presidencial, sustituye los mecanismos democráticos de legitimación y representación. Como consecuencia de este proceso, aumenta la fragilidad del proceso político.

Este patrón de desarrollo no se limita a Ecuador. En efecto, durante la última década, dirigentes carismáticos de izquierda desplazaron en muchos países de la región a las tradicionales elites de clase alta de los cargos de la gestión política. Al igual que en su momento Hugo Chávez en Venezuela y Daniel Ortega en Nicaragua, el dirigente cocalero Evo Morales en Bolivia y el ex obispo de los pobres Fernando Lugo en Paraguay, llegaron al poder con la promesa de más democracia, inclusión y redistribución. En su mayoría, estos presidentes deben su triunfo al desgaste y la deslegitimación de los partidos y las dirigencias tradicionales.

II. Hiper-presidencialismo y gobiernos plebiscitarios

Al igual que el presidente Correa en Ecuador, las nuevas dirigencias de izquierda en estos países apuestan a una conducción carismática en lugar de promover la inserción de los partidos políticos en la sociedad. Incluso partidos de raigambre como el PT (Partido de los Trabajadores) en Brasil han permitido que su genuina función de representación se viera desplazada por un patrón personalista. La inesperada mala elección de la sucesora designada de Lula, Dilma Rousseff, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales brasileñas el 3 de octubre de 2010, es una demostración de las dificultades que enfrentan las izquierdas para conferir al estilo de conducción carismática un peso político duradero y dotarlo de una clara línea programática. La candidata del Partido Verde, Marina Silva, quien inesperadamente logró reunir más del 19% de los votos, resumió su éxito electoral en los siguientes términos: “Derrotamos la idea de que esta elección es exclusivamente un referéndum popular (a favor o en contra

del presidente Lula). En el siglo XXI no se puede ganar una elección sin programa”, puntualizó la ex Ministra de Medio Ambiente.

La gran confianza que la izquierda latinoamericana, acostumbrada al éxito, deposita en la atracción que pueden ejercer sus líderes carismáticos, a menudo va acompañada por la apreciación errónea de que las altas tasas de adhesión obtenidas le otorgan un mandato de representación de toda la sociedad. Muchos de los gobiernos de izquierda en América Latina sucumbieron a la tentación de mantenerse en el poder y buscar la reelección a través de un uso abusivo de elementos plebiscitarios como las asambleas constituyentes, así como frecuentes elecciones y referendos. Se trate de la familia Kirchner en Argentina o de Hugo Chávez en Venezuela, cada vez más posiciones políticas se identifican con determinadas personalidades. Los programas y los partidos políticos quedan relegados a un segundo plano. Se observa una creciente marginalización de los movimientos opositores (por ejemplo a través de la introducción de cambios en el régimen electoral), expuestos a la persecución de la justicia y cercenadas en sus posibilidades de articularse debido a un creciente control de los medios de comunicación. Pese al resultado decepcionante obtenido en las elecciones legislativas, el presidente Chávez interpretó el resultado como un éxito y se mostró decidido a seguir profundizando su proyecto de desarrollo socialista. Esta actitud permite anticipar la agudización de los conflictos sociales en Venezuela, ya que se carece de mecanismos institucionales que permitan superar las divergencias por medios democráticos. Por lo tanto, el esquema dominante del poder en América Latina no sólo es un instrumento del estilo político, sino también la característica de un proceso político que trascurre sin el efecto amortiguador que parte de las instituciones.

Durante las sesiones de la Asamblea Constituyente celebradas en 2008 en Ecuador se fue perfilando rápidamente que el movimiento Acuerdo País, que contaba con una clara mayoría en la convención, había resignado sus ideales democráticos en favor de una forma de gobierno de escasa participación y transparencia. El estilo de conducción cada vez más autoritario del presidente Correa y la escasa inclusión de los intereses divergentes han llevado a una creciente fragmentación de las fuerzas sociales, que cada vez recurren más a medios extraparlamentarios y ocasionalmente violentos para imponer sus objetivos.

III. Proceso de reformulación ideológica de las izquierdas

Los resultados electorales más recientes y los hechos de violencia registrados en América Latina han puesto de manifiesto que el éxito de los gobiernos de izquierda se erige sobre bases tambaleantes, en la medida en que dependen exclusivamente de líderes carismáticos. Su popularidad es efímera y, tal como muestra el caso de Lula en Brasil, difícilmente transferible. El PT no logró imponer sus candidatos en estados tan importantes como San Pablo, Minas Gerais y Río de Janeiro por el caudal de votos que está en juego. Ni siquiera la ventaja que supone ser el partido oficialista le permitió a una estructura consolidada como el PT conservar la supremacía alcanzada sin un anclaje social de las estructuras partidarias. Otra demostración de que los tradicionales lazos de ciertos sectores sociales con partidos de centro izquierda se han diluido es el revés sufrido por la Concertación en Chile. Por primera vez desde el retorno a la democracia, no forma parte del gobierno. Por otra parte, para que su candidato demócratacristiano, Eduardo Frei, ganara las elecciones primarias, fue necesario limitar previamente el número de candidaturas. El hecho de que finalmente Frei fuera derrotado por el conservador Sebastián Piñera desencadenó entre los socialistas del país una discusión en torno a si los actuales métodos de elección de los candidatos son los indicados para interpretar adecuadamente los intereses de la población. Seguramente, muchas de las agrupaciones de izquierda en América Latina que hoy todavía se sienten contenidas en movimientos partidarios igualmente poco institucionalizados deberán enfrentar procesos internos similares.

IV. ¿Quién ocupa el centro?

La tendencia a privilegiar las personas por sobre los programas es la razón de la volátil relación que existe en América Latina entre votantes y partidos políticos. La izquierda no supo cambiar este patrón tradicional en beneficio propio ni obtener la adhesión duradera de los votantes de centro. “Izquierda” y “derecha” siguen siendo categorías blandas aun después del recambio de dirigentes vivido en la región. En general, el posicionamiento de un gobierno de izquierda surge como consecuencia de las alianzas que

pueda trabar con ciertos sectores sociales. Ante este marco de referencia, va perdiendo sentido diferenciar entre izquierda radical e izquierda moderada. Si bien en los últimos años las tradicionales elites de derecha, políticamente afines a las clases altas, fueron desplazadas progresivamente por movimientos de izquierda, en la actualidad se aprecian primeros signos de un nuevo avance de las fuerzas conservadoras moderadas, como ocurre por ejemplo en Chile, Colombia, Panamá y Honduras. Si bien esto no implica por el momento un cambio en el paradigma político, demuestra que ha quedado trunco el proyecto de la izquierda de obtener la adhesión permanente del “centro”. El “centro” parece ser un terreno relativamente poco consolidado y fácilmente reconquistable por las fuerzas conservadoras. El éxito obtenido por Marina Silva en la primera vuelta de las elecciones presidenciales en Brasil demostró que confiar únicamente en la fuerza de un líder carismático puede terminar siendo un error. En Chile, Panamá y Colombia, la derecha recuperó el voto del centro gracias a que la izquierda dejara librada su definición ideológica al humor de sus dirigentes.

La reformulación de las relaciones de poder en América Latina es una cuestión fundamental para el futuro desarrollo de la región. La política alemana debería interpretar esta realidad como una oportunidad para acompañar el proceso de debate interno de las izquierdas, el reordenamiento de la derecha y el surgimiento de fuertes iniciativas verdes con ofrecimientos de cooperación. Sería importante ampliar y complementar el trabajo de las fundaciones políticas con una oferta de asesoramiento sobre la creación de estructuras de representación democráticas y la introducción de procesos moderadores en los partidos y en la sociedad.

RESUMEN

Luego de un continuo avance en la última década, la actual evolución en el continente latinoamericano muestra que la izquierda se enfrenta a una encrucijada y corre peligro de incurrir en los mismos errores cometidos por anteriores gobiernos duramente criticados. El éxito cosechado por los gobiernos de izquierda en sus más diversas manifestaciones determinó que países como Brasil, Ecuador, Venezuela y otros olvidaran que los modelos de gobierno basados exclusivamente en un liderazgo carismático no son

sostenibles en el tiempo. Al mismo tiempo, pierde sustento la diferenciación entre una supuesta izquierda moderada buena y otra radicalizada y mala. Hoy, un estilo de conducción personalista y la falta de estructuras intermedias son características comunes a “ambas” izquierdas en la región. Tres acontecimientos de actualidad lo ponen de manifiesto: las elecciones legislativas en Venezuela; la escalada del conflicto vivido en Ecuador entre el presidente Correa y las fuerzas policiales; y, más recientemente, el inesperado resultado que arrojaron en primera vuelta las elecciones presidenciales celebradas en Brasil.

Diálogo Político. Publicación trimestral de la Konrad-Adenauer-Stiftung A. C.
Año XXVIII - N° 1 - Marzo, 2011